

II

¡Al viento, nada más! Al viento amigo
que suspira callado en los helechos
o que guía silbando en los barbechos
los rebaños de niebla por el trigo.

Al viento, lobo malo y enemigo
que aullando en hondonadas y repechos
deja nidos y pámpanos deshechos
y muerde a caminantes sin abrigo.

Al viento que dispersa las palomas
y aturdido de músicas y aromas
vuela como un arcángel turbulento.

Al que juega entre espigas y amapolas
y hace torres de espuma con las olas,
¡Al viento, nada más! ¡Al viento, al viento!

Régulo BURELLI-RIVAS

PRELIMINAR

En el mes de Septiembre último publicó la prensa de nuestra Ciudad la feliz noticia de haberse plantado en la Plaza de los Conquistadores unos rosales ofrendados por el Perú, ¡Rosas del Perú en una de las plazas de Cáceres!...

¡La delicada ofrenda, dentro de su sencillez, es gratamente evocadora!...

Ella me impulsó a pedir acogimiento en ALCÁNTARA al trabajito que sigue, (*) dedicado a

Las rosas del Perú

¡Santa Rosa de Lima que naciste
junto al rosal de la primera rosa!...

(Salutación del poeta peruano José Gálvez,
en su bello poema. «La primera rosa»).

LA ROSA DE LIMA

¿OR qué traer aquí la gloriosa mención de esta santa mística de renombre universal, patrona de Lima y del Perú, a la que, en aquel noble país hermano se rinde exaltado culto? ¿Qué relación puede guardar esta elegida del Señor con la bendita tierra extremeña? Veámoslo:

Nació Isabel Flores de Oliva —con tales nombres fue bautizada— en la ciudad de los Reyes, el 20 de Abril de 1586 y en ella entregó su alma a Dios, en plena juventud, el 24 de Agosto de 1617.

Fueron sus padres don Gaspar Flores, de Baños de Montemayor (1)

(*) El forma parte de mi libro, inédito aun, de pronta publicación, dedicado a «EXTREMADURA» (Exaltación de sus valores históricos).

(1) Algunos de los biógrafos de la Santa, hacen a don Gaspar natural de Puerto Rico, confundiendo así, sin duda, el lugar de donde procedía cuando llegó al Perú, con el de su nacimiento, pero no el Padre Dominicó fray León Elvira, que acierta con el pueblo de su naturaleza.

Esta afirmación me ha sido confirmada en muy reciente fecha, por un venerable amigo, el virtuoso sacerdote don Gabriel González, Párroco de la Iglesia de Santa Catalina, de Baños de Montemayor, quien me hizo referencias de las pruebas documentales que de ello existen, en el Archivo de la Casa Ducal de Béjar, en el Convento de San Esteban de Salamanca y en la propia familia Flores, de Baños. Además,

—bello rincón de la Alta Extremadura— y doña María Oliva, criolla, natural de Lima. Criollita de pura cepa fue, pues, nuestra Santa. Con santagre extremeña en sus venas, que es lo que, ahora, para justificación de estas notas, nos interesa destacar.

Isabel Flores de Oliva vino a la vida, para su honor y gloria de Dios, por el abrazo feliz de su progenitor, de raigambre extremeña y de su madre, que si oriunda de España, había nacido en el Perú.

Por eso el ilustre escritor peruano Parra Riego, supo decir de la Santa: «...es la más limeña entre las limeñas. Más tarde sus congéneres heredarán su suave hechizo de criolla, su imponderable encanto femenino; ese no sé qué, inasible, que tanto radica en la belleza física como en las donosuras del espíritu».

Y Ricardo Palma, patriarca de las letras del país hermano, en sus «Tradiciones Peruanas» —joyel primoroso de aquella literatura— dedicó uno de sus más lindos relatos —«El rosal de Rosa»—, aderezado con las galas de su ingenio, a la santa limeña.

Suya es la inspiración que mueve hoy nuestra pluma: Cabe al antiguo hospital del Espíritu Santo, en el lugar que hoy ocupa el Santuario de Santa Rosa de Lima, su padre, Gaspar Flores, había construido unas humildes casitas y es allí, en una de ellas donde el 30 de Abril de 1586 vino al mundo, para su gloria, Isabel: «era a la sazón pontífice Sixto V; rey de España y sus colonias, Felipe II; arzobispo de Lima, Toribio de Mogrovejo, y gobernando la Real Audiencia de Lima, por muerte del virrey, don Martín Enriquez el Gotoso, aquel —copiamos el donoso estilo de Ricardo Palma— que después de veintiún meses de gobierno en

la referencia se apoya también en la pública notoriedad, fundada en la tradición popular.

De los testimonios de la Casa Ducal de Béjar, aparece la información que en el año 1674 mandó hacer la Duquesa a Juan del Carpio Gijón, uno de sus servidores, quien en 2 de Marzo de dicho año, dice en carta a la Duquesa:

«En ejecución de la orden de V. E. fue a hacer la diligencia de Santa Rosa del Perú a Baños y remito a V. E. el testamento de su abuelo Luis Flores y la fe de Bautismo de Gaspar Flores su padre (de la Santa, naturales de Baños) Porque todos en el lugar convienen ser cierto, notorio y público que dicho Gaspar Flores pasó al Perú con su tío Fray Juan de Santa María, hermano de su padre; si bien una mujer, con la noticia de que yo estaba haciendo aquella diligencia, llegó a mí al tiempo de ponerme a caballo y me dijo cómo había conocido a una hermana de dicho Luis Flores, abuelo de la Santa, que el haber pasado al Perú el dicho Fr. Juan de Santa María, había sido por causa de haber ido allá un tío suyo, hermano de su padre y esto me parece que tiene mayor probabilidad porque se ajusten los tiempos mejor del nacimiento y muerte de la Santa.»

El mismo Juan del Carpio en otra carta a la Duquesa, le decía en 20 de Abril de 1674:

«Señora: El correo pasado no tuve carta de V. E.; bien reconozco no se ofrecerá cosa de servicio de V. E. Yo me hallo en esta Villa (de Montemayor) de vuelta del lugar de Baños a la averiguación del origen de la gloriosa Santa Rosa, que creo ha de ir bien ajustada esta materia y, con ella, quedará y quedaré yo muy alborozado, por lograr que esto se vea y un negocio de tanta sustancia y que sería preciso el procurar el que así se traiga una gran reliquia de la Santa; acábanse de disponer estos dichos papeles y los remitiré en el correo que viene a V. E. para que dispongan lo que fuere servida, que me parece cosa de mucho lustre que esta Santa o su padre hayan servido vasallos de V. E.»

el país. «Fue de los gobernantes que, en punto a obras públicas, realizan la de adoquinar la vía láctea y secar el océano con una esponja».

Mas, volviendo a nuestra Santa: ¿cuál fue el motivo de que Isabel se cambiase en Rosa, con cuyo nombre pasó a la inmortalidad de los bienaventurados? —Pues he aquí lo que al respecto las historias cuentan:

Las casuchas que construyera Gaspar Flores estaban rodeadas de un amplio espacio de terreno que supo convertir, la hija ayudando en la tarea, en huerto y jardincillo, inmediato, ya lo hemos dicho, al jardín del hospital del Espíritu Santo. Un buen día, la joven Isabel vio con grata sorpresa que la llenó de emoción, cómo en su jardincito había brotado, espontáneamente, un bello rosal; «y rosal fue que de sus retoños se proveyeron las familias para embellecer corredores y las limeñas para adornar sus rizas, negras y profundas cabelleras».

La emoción en el alma de la virgencita, apenas núbil, fue intensa, atribuyendo a milagro la aparición del rosal. Ella no ignoraba —su madre se lo había referido muchas veces— la visión que tuvo, cuando la niña tenía pocos meses, viendo que «sobre el rostro de la hija se cimbreaba plácidamente una rosa». Y así empezó a llamarla con la efusión del cariño maternal, luego, al recibir el Sacramento de la Confirmación de manos del arzobispo de Lima, Toribio de Mogrovejo: «Tu serás mi pequeña Rosa» —le había dicho su madre—, plena de efusión. Y así fue...

La aparición de las rosas, desconocidas antes en el Perú, había producido una embriagadora emoción general. Tan de moda se pusieron que hasta los médicos descubrieron en ellas virtudes curativas, prescribiendo las hojas de la flor como remedio de mil dolencias (1).

Y desde entonces, con predestinación simbólica, la más bella flor de la naturaleza ligada quedó para siempre, con la más bella «Rosa mística» del Paraíso y, a ambas se las nombra cuando se evocan: «Las Rosas del Perú».

Porque Rosa es limeña —oriunda de Extremadura—, «limeña de cogollo», que consagra su vida a Dios, más sin olvidar nunca a su tierra nativa: llena de caridad, vertió a raudales el vaso fragante de su amor; de modo singular sobre los humildes, bendijo y alentó a su ciudad, en momentos difíciles, cuando los corsarios la amenazaban y, después de su tránsito terrenal, mantiene la fe de su pueblo que le rinde perennemente culto de adoración.

Por eso, uno de los poetas más excelsos de su tierra, José Gálvez, supo cantar en inspirado poema a «La primera Rosa», lindas estrofas como éstas:

«Pasan los años y en el mismo lar
»de la flor consagrada y primorosa,
»una niña nació para encarnar
»la santidad de la primera rosa.
»¡Santa Rosa de Lima, que naciste
»junto al rosal de la primera rosa,

(1) «Las primeras rosas que se produjeron en Lima fueron las del jardín del hospital del Espíritu Santo, confundiendo éste, por la vecindad, con el de nuestra egregia limeña». (Ricardo Palma: «El rosal de Rosa»).

»y que eres para el pobre y para el triste
 »consolación y ayuda generosa:
 »por tu sangre escarlata
 »que en suplicio vertiste;
 »por ti, que intercediste
 »por tu ciudad, se amedentró el pirata,
 »huyó la peste y escondiste el daño,
 »y los jardines tienen todo el año
 »las rosas que encarnaste y bendijiste...»

La muerte de Rosa produjo en Lima y en todo el Perú unánime clamor para llevarla a los altares: el expediente para su beatificación no se hizo esperar y, salvando esas pausas prudentiales que la Iglesia adopta en tales casos, fue aquél instruido con celeridad visible. Así lo pedía el ansia fervorosa del pueblo limeño y, apenas habían pasado 50 años, en 1668, fue presentado al Papa para su aprobación: y cuentan que cuando la causa fue elevada a Clemente IX, éste, con una ligera prevención, murmuró entre dientes: —«¿Santa?... ¿Y limeña?... ¡Hum!... ¡Hum!... Tanto daría una lluvia de rosas».

Y el milagro que se produjo entonces fue patente: «Una lluvia de perfumadas hojas de rosas cayeron sobre la mesa en la que despachaba Su Santidad la causa de su beatificación».

Una vez más, y ahora en ocasión de solemne transcendencia, las rosas milagrosas vinieron a dar sublime testimonio de la santidad de Rosa.

El expediente fue acelerado en sus trámites y así, poco tiempo después, en 1669, se expedía el Breve para su beatificación, nombrando a Rosa patrona de Lima y del Perú; x en 1671 fue canonizada, a la vez que nuestro San Francisco de Borja, duque de Gandía. ¡Feliz coincidencia!...

Las crónicas relatan también que la primera firma que como monarca, puso nuestro Felipe IV en 1668 fue para pedir la beatificación de Rosa.

Y refieren también, que el rosal que ella cultivara en vida, en el jardincito de su padre, el extremeño Gaspar Flores, natural de Baños de Montemayor, fue trasplantado, en 1672, al convento de los padres Dominicos de Lima.

¿Por qué sublimes misterios providenciales se alzan en esta vida los hechos, al parecer más dispares, quedando establecida, como en el caso que relatamos, la vinculación de Extremadura con «el rosal de la primera Rosa» del Perú?...

LAS ROSAS DEL PERU

Lo sucedido alrededor de la «primera rosa» limeña, no puede, sin embargo, hacernos negar la historia de las rosas del Perú.
 ¡Cuántas cosas llevaron allá los hijos de Extremadura!...
 Garcilaso el Inca, en sus «Comentarios Reales» nos habla que los jazmines, mosquetas, clavelinas, azucenas y rosas no eran conocidos



ALBUM EXTREMEÑO. — Parque municipal de Naval Moral de la Mata (Cáceres). — (Foto S. Barrueco)

allí antes de la conquista. Otros autores, muy acreditados, nos lo confirman. No recargaremos las citas. Limitémonos, ahora, a hablar de las rosas: en los libros de la Casa de Contratación está anotada la fecha en que por primera vez se enviaron a las Indias las rosas, en tientos como plantas vivas; ello fue en 1520, primero a la Isla Española, más tarde al Darien.

Al Perú no llegaron hasta 1552 las primeras semillas. Su llegada se registró como feliz acontecimiento; se hicieron rogaciones públicas, invocando la ayuda del cielo para el mejor logro de las rosas. Ved, como el Padre Cobo en su «Historia del Nuevo Mundo» (Tomo II, pág. 421) nos refiere el suceso:

«Como cosa tan deseada, se puso gran cuidado y diligencia en sembrarlas, para que se lograsen y perpetuasen en esta tierra, y con este intento se dijo una misa con la semilla puesta sobre el altar, para que con la bendición del sacerdote tuviese feliz suceso, como lo ha tenido, porque al presente es una de las plantas que más se han extendido en Indias (1) y de las que más copiosamente nacen en todas partes. Diéronse las primeras rosas en esta ciudad en el sitio donde ahora está el hospital del Espíritu Santo».

La musa inspirada de José Gálvez nos canta el feliz acontecer, en su precitado poema, con estas lindas estrofas:

«La ciudad que nació
 »al conjuro de los conquistadores
 »estaba triste porque no tenía
 »ni rosas, ni claveles en sus flores.
 »Pero un galeón un día
 »trajo, entre picas, lanzas y tambores
 »la ilusión de un rosal (¡Oh maravilla
 »de contraste tan leve!)
 »en la promesa breve
 »de una frágil semilla.

.....
 »Y una fresca mañana luminosa
 »a la promesa de la paz ganada,
 »la tierra sonrió reconciliada

«Y fue su sonreír botón de rosa!...!
 »Todo en la magia de esa hora brilla
 »y el sol las corazas reverbera!
 »Doblando la rodilla
 »un soldado se humilla
 »para arrancar la flor.
 »Es la primera

(1) El Padre Cobo escribió su historia a fines del siglo XVI.

»vez que un guerrero hispano se arrodilla!

»Es el conquistador que se somete
»a la virtud floral que el amor sella...

.....
»Y se forma el cortejo de la rosa
»como para una majestad. Un lento
»son de campanas eleva su armoniosa
»balada en la frescura del momento,
»se diluye un encanto pascual en la hora matutina
»y a la naciente catedral camina
»el cortejo floral.

.....
»Y mientras como una hostia alza el prelado
»la flor,
»entre el rumor
»de espadas y rodelas, va el alado
»coro de las plegarias a María
»en la iglesia inconclusa todavía...

.....
»...Fue así como del cielo
»bajó la Gracia a la ciudad; los broncees
»no cesan desde entonces
»de proclamar con ardoroso anhelo
»el místico reinado de la rosa.
»Por ella es leve y fina
»la ciudad...
»¡Por ella en todo hay rosas!...»

Y nada más se me ocurre decir ahora en relación con «las rosas del Perú», cuyo recuerdo vino a mi mente al evocar el nombre de Gaspar Flores, de Baños de Montemayor, que un buen día del siglo XVI marchó al Perú, con un pariente, el Padre Dominicico fray Juan de Santa María, para engendrar allí la más bella flor del Perú: Santa Rosa de Lima.

ENVIO

A los ilustres limeños, mis excelentes amigos: Dr. Manuel Cisneros y Sánchez y Dr. Carlos Neuhaus Ugarteche, que tan magníficamente representaron en España a su país; al Doctor Felipe Portocarrero, su Ministro Consejero; al Dr. León Barandiarán, inclito Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima; al Doctor Félix Navarro Irvine, Decano que fue de su Colegio de Abogados; al Dr. César Revoredo, ilustre jurista limeño, que tan fervorosamente rinde culto a «la Tradición», y a todos los amigos peruanos, en fin, con los caales tuve la dicha de departir en horas felices, emocionadamente sobre tantas cosas de España, de Extremadura y del Perú.

ANTONIO FERNANDEZ SERRANO

EL FONDO

Oscuras manos andan

el fondo de la fría

memoria de las cosas

que fueron tierra, mina.

La cara boca abajo,

apretada agonía

de silencios. La vida

que se esconde. La noche

en punto de partida.

Tiempo ahogado. Tiempo

sin voz. Luz negra, antigua.

Sobresalta la piedra

caída.

Profundo y misterioso

mundo del todavía:

algas y ese cadáver

incapaz de la orilla.

Jesús DELGADO VALHONDO